

**“Chiloé, la calle de mi aldea”**

“ Soñé lo que viví o lo que viví lo soñé)

Autor: Rasec Zemog

**“¡Tres 8 B de Hiloooo!”**...René Sánchez gritándome fuertemente y correteando de arriba abajo por la gran pendiente de Calle Blanco que desemboca en el fiordo de la Ciudad de Castro y yo en la puerta de mi casa en la misma calle, contestándole en el mismo tono: **“ ¡Enfute Reinahueeee!”**. Él vivía en el plano, en Calle Lillo , en una enorme casa de concreto de tres pisos, edificio que aún existe, su padre tenía un gran negocio de abarrotes y mi amigo generoso andaba siempre con dulces y golosinas en sus bolsillos que “sacaba” de su negocio. Su familia era muy pudiente y yo un infante vulnerable, mi hogar se ubicaba casi en la mitad de la empinada calle, y desentonaba con los enormes edificios de concreto que eran mis vecinos.

Me gustaba circular por el barrio y el puerto siempre con pantalones cortos y a pie pelado y mi inseparable “suncho “ (juego del aro) , disfrutando a toda velocidad por sobre las pozas de aguas de las lluvias del Sur. A veces René me llevaba a su gran casa y en una gran bodega que tenía podía ver 10 o 20 barriles de chicha de manzana fermentada que René, astuto, sabía cuál estaba medio lleno y con una manguera llenaba una botella que tenía escondida. Luego volvía con dos huevos de gallina (en el patio trasero había un gallinero) y procedía con un clavo a hacerle un pequeño hoyito a cada uno en sus esquinas. Yo mudo sólo miraba. Después colocaba el huevo en la boca de la botella y soplaba bien fuerte, lo que hacía que quedara vacío. Lo mismo hacía con el otro. En otro lugar secreto que mantenía oculto, volvía con una bolsa de azúcar y a través de un cono de cartón que traía

también de sus escondrijos procedía a echarle en abundancia, lo sazonaba como un experimentado catador y si le apetecía le ponía más azúcar, luego cerraba la botella con la palma de su mano y la agitaba muy rápido y el huevo se empezaba a disolver, así entonces de vez en cuando le daba unos güargüerazos y por su semblante yo sospechaba que era algo bueno. Después de dos lecciones quedé aprobado por René como ayudante de “Boy bartender” .Claro que a la hora del consumo, René era muy arbitrario, pero a pesar de todo, acepté ser su socio de confianza, pensando quizás que el beneficio para mi garganta infantil era mayor que su arbitrariedad. No sé por qué causas no quedábamos “cucarros” siendo tan niños, ahora pienso que quedaba tan almibarado y gustoso que tratábamos de hacerlo durar al máximo.

Los crepúsculos en verano en la Calle Blanco me producían mucha melancolía, ya que la calle quedaba casi desierta pero ahí entonces a veces aparecía como un mago, mi amigo René con una armónica “Hohner” tocando conocidas melodías por calle Irarrázaval y enfrentando y alegrando a los solitarios transeúntes que circulaban por la empinada cuesta. A veces cantaba canciones de la época como: ” **en un tiempo feliz, en el cual yo gocé, de tus dulces caricias, me engañaste al amor...**” la sabía completa, o... “**Ya no estás más a mi lado corazón...**” Mi familia cuando me veían con René en la puerta de mi casa, salían a escuchar y miraban a mi amigo alegremente y con respeto, pensando tal vez como este chicuelo cantaba temas de personas mayores y hacía los intervalos con su armónica. A veces no la tocaba, simplemente la andaba trayendo en su bolsillo y solía interpretar las melodías que sabía mejor, en los lugares más inesperados. Era un precoz músico callejero. También le gustaba inventar curiosas frases y me aleccionaba para comunicarnos a través ellas. Dos frases que hasta el

día de hoy a mis años las recuerdo: **“Tres ocho B de Hilo”** y **“Enfute Reinahue”**. Me enseñó a usarlas al estilo de un destacado docente infantil. Así cuando nos encontrábamos en el puerto nos saludábamos seriamente: **¡Tres 8 B de Hilo!** me decía fuertemente y yo le contestaba en el mismo tono: **¡Enfute Reinahue!** . Usábamos esas dos frases para dar aprobación a cualquier tema y para despedirnos. Creo ahora, que René era un émulo de Zamenhof y que tenía un “mini Esperanto”, ya que muchas veces le oí farfullar extraños sonidos pero yo no tenía ningún interés en aprender más vocabulario de esa misteriosa jergonza , a pesar de su insistencia.. Por lo tanto las que más usábamos eran las frases del saludo y el de aprobación.

Mi mamá me mandaba casi siempre a comprar pan en la panadería “Navarro” que quedaba a media cuadra de la Calle Lillo y a veces en las tardes ya entre claro y oscuro estaban en ocasiones los cinco hermanos Sánchez frente a su gran negocio buscando algo en que entretenerse y claro, en varias ocasiones me atajaban y me hacía pelear con René. Yo no quería ni él tampoco y los hermanos azuzando la batalla, el hermano mayor de mi amigo era un adolescente y aprovechando su estatura me tomaba el brazo y lo conducía hacia la cara de mi amigo y entonces acusando el golpe René se olvidaba de mi amistad y respondía con rabia y se armaba el combate. La mayor de las veces me lo ponía al piso y le seguía dando, él se levantaba y con más rabia seguía la gresca, los hermanos disfrutaban de lo lindo avivando a mi amigo. René después quedaba triste por llorar y yo igual. Al parecer nuestro pleito les causaba mucha risa y ahora asocio esas peleas al inolvidable “Pibe” de Chaplin. Varias veces tuve que pagar “peaje “” con sus hermanos adolescentes, pero al ver que René sacaba la parte más mala lo suspendieron, aparte que cuando iba a comprar pan no doblaba la esquina sin antes ver si estaban

estos promotores de boxeo. Después en la rutina diaria de nuestras infantiles almas estas peleas jamás la recordábamos. Tal era nuestra amistad. Yo lo quería como un pequeño hermano a este novato Jorodowsky chilote, lo que no sé si él me tendría el mismo aprecio que yo tenía por él.

En el mundo de la literatura infantil circulan miles de historias locales y yo que había leído Las Aventuras de Tom Sawyer se me ocurrió con mi amigo René lo siguiente: Una tarde de crepúsculo otoñal que estábamos en la mitad de la Calle Blanco tramando alguna broma de niño, se nos ocurrió visitar la popular farmacia de la señora Ana Bórquez que se ubicaba en Blanco casi al llegar a Luis Espinoza. Era una señora muy respetada, bajita y de pelo canoso que le gustaba mucho charlar con sus clientes y a menudo se entusiasmaba tanto que dejaba varios clientes bostezando. Fui rápido a hacer mi primera compra y René me quedó esperando oculto en una puerta. Entré y le dije a la farmacéutica que entre paréntesis estaba sin clientes: ¿Tiene rastopilina? ¿Cómo dijiste?... repetí con seguridad: ¡Rastopilina! Miró su estantería de remedios un rato y consultó un grueso libro rápidamente...¿No habrás escuchado mal? ¡Rastopilina! Repetí nuevamente, ya empezándome a poner nervioso, al rato me dice: “anda donde tu mamá y dile que te lo anote en un papelito y me lo traes” ... salí contento de mi historia y encontré a René que me estaba esperando ansioso. Ahora te toca le dije, ¿Qué vas a comprar? “Cachocalandia” dijo y se dirigió corriendo a la farmacia. Esperé unos cuantos minutos y de pronto veo a mi amigo que sale como una exhalación de la farmacia corriendo cuesta abajo de la Calle Blanco y lo perdí de vista... todo ocurrió tan rápido que no tuve tiempo de nada. Nunca supe ni hablamos más de ello, me asusté y me fui a mi casa. Quizás qué cosa habría sucedido.

Pasaron los días y mi señora madre me mandó a comprar unos remedios verídicos no me acuerdo si eran “Genioles” o “Mejorales” equivalentes a la de los “Paracetamoles” de ahora, y me empezaron a temblequear las piernas, pero afronté y me dirigí a la farmacia. Estaba solitaria la señora Ana y en cuanto entré me ladró: ***¡Qué quieres chico cara sucia!*** y mi voz salió como un hilo, pero nada más sucedió, volví con mi encargo a mi casa. Seguramente con su inteligencia farmacéutica y química captó que había sido una broma de infantes, quizás no se enojó, quizás la disfrutó con sus cercanos, el miedo más grande que tenía era ingenuamente que podía denunciarme a carabineros. En aquellos tiempos eran muy respetados por los niños y eso quizás porque cuando había muchas inasistencias al colegio, salían a domicilio a ver cuál era la causa de las ausencias.